

Francisco Franco, César de España, a través de estas columnas de «ESTILO» recibe el testimonio de adhesión incondicional que te rinden Granollers y la Comarca Vallesana.

¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!

¡Arriba España! ¡Viva España!

EDITORIAL

El próximo martes hará cuatro años que el general Francisco Franco fué investido con la Jefatura del Estado Español. El

pueblo español, todo el pueblo auténticamente español, sintió de este modo interpretar sus más vivos deseos, al ver a su Caudillo en la más alta magistratura del Estado.

Y es que aquel hombre providencial que en aquellos momentos de agonía para España, cuando un gobierno que se hacía llamar del pueblo no se detiene ante el crimen para acallar la voz del estadista puro y genial, D. José Calvo Sotelo, cuando la acción y el verbo profético de José Antonio estaba encarcelado, cuando parecía que se iban agotando las fuerzas de los grupos dispersos de camisas azules, secundados por gallardos requetés, en su tarea defensiva contra las banderas rojas moscovitas, que poco a poco se iban infiltrando por todo el ser de España, con toda clase de apoyos oficiales interiores, se levanta gallardamente en 17 de Julio de 1936 sobre la cálida tierra africana y grita al mundo y a los nacionales ansiosos de escuchar la voz redentora: "no importa, nos salvaremos"; ganó en el corazón de cada español auténtico, el derecho natural y eterno del caudillaje.

Es entonces cuando todos los españoles levantan la cabeza y mirando la estatura del héroe y sintiendo la sangre de sus antepasados dentro de sus venas, corren tras los viejos arcones a buscar la boina roja o marchan rápidos a vestirse la camisa azul y uniéndose con el soldado, el moro o el legionario, se abalanzan sobre la geografía soviética de España, dispuestos a que una bala les atravesase el corazón antes que ser esclavos bajo el signo asiático de la hoz y el martillo.

Y dijo el Caudillo: «Ponéis en mis manos a España y yo os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré a la Patria a lo más alto, o moriré en mi empeño», y el pueblo, su pueblo, ya no quiere saber más, conoce quien lo ha dicho, bajo sus legiones se enrola toda una generación de españoles que siente la inquietud de los ideales absolutos y que quiere arrancar definitivamente a la Patria de las garras del monstruo moscovita que nos robaba el sol, la dignidad, la independencia y nos quería hacer renegar de Dios.

Porque su mano fué firme y su pulso no tembló, pudo ofrecer a todos los españoles la victoria apetecida, gracias a la cual España vuelve a ser España, incorporándose en sus antiguas rutas históricas.

Cuando el fuego santo de la guerra dejó de iluminar los rostros españoles y nos miramos a través de la luz clara de la victoria, pudimos darnos la más perfecta cuenta de lo que había sucedido; al meditar en los motivos de la empresa, respondimos: Dios y España; al buscar quien era el César que

nos había congregado para la misma, resonó un nombre: Franco, y al mirar cual era la hermandad que por comunidad de ideales y de jefe habíamos formado, por los campos y ciudades de España vimos grabada con letras de sangre de héroes una locución: Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.

Inmediatamente nos dimos cuenta que esa trilogía, magnífica, España, la Falange y Franco, era algo inseparable, pues así como no se puede ser buen español sin militar en las filas de la F. E. T. y de las J. O. N. S., tampoco se puede ser falangista sin sentir en lo más hondo y de una manera natural, el caudillaje absoluto de Franco.

Y es que sabemos por natural intuición, todos los falangistas, que el Caudillo que durante la guerra realizó la unidad entre los hombres y las tierras de España y nos dió la victoria, ahora, en el momento de la paz, realizará la justicia y revolución nacional-sindicalista y, dándonos la España irredenta, nos conducirá por caminos de Imperio.

Este es el genio providencial a quien todos los españoles por un impulso natural aclamamos como Caudillo, con él, con la F. E. T. y de las J. O. N. S. y con los ojos puestos en España, aspiramos llegar a la justicia y grandeza más insospechadas.

¡Que nadie intente romper esa trilogía sagrada nacida al calor de sangre de héroes y mártires derramada por el suelo español! Si alguien envilecido por los malos hábitos de críticas y calumnias infundadas, intentara romperla, que caiga sobre él la maldición eterna. Nosotros, los falangistas, oído atento para descubrir a estos insensatos, para una vez descubiertos aplicarles la dialéctica convincente de los puños y de las pistolas, que nos recomendaba José Antonio para cuando se ofende a la Justicia y a la Patria.

Porque España está unida bajo un gran ideal y bajo un gran Caudillo, sus pisadas resuenan fuertes en el campo internacional y nuestro aislamiento de lo que pasa allende los Pirineos ya no es posible. España ha sido elevada por Franco a la categoría de potencia mundial que ha de jugar un papel principalísimo en la nueva ordenación europea.

He aquí porqué ahora más que nunca, ante las nuevas conyunturas históricas, estamos atentos a la voz de mando de nuestro Caudillo en nuestro sitio «al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo y en lo alto las estrellas».

Las legiones de indómitos y fieros guerreros españoles ya tienen Mariscal y vuelven a mirar al mundo, adustamente, conscientes de su fuerza y de lo que el mundo les debe.

Por eso en estos momentos históricos, en que cualquier desacierto podría ser fatal para España, gritamos, completamente fanatizados: FRANCO, CONTIGO A TODAS PARTES; y para que lo oiga todo el mundo repetimos:

¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡FRANCO! ¡ARRIBA ESPAÑA!